

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 4 DE AGOSTO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Mensaje de Waldo Frank A los escritores mexicanos

(Traducción)

Madrid, 16 de abril de 1924.

Señor don Alfonso Reyes,
Legación de México.—Madrid.

Mi estimado amigo:

MAÑANA saldrá usted de Madrid con rumbo a América: ¿me permite que con usted, persona tan preminentemente indicada para la empresa, mande a sus compatriotas de México, y de hecho a todos los intelectuales de la América latina, el mensaje de un compañero de los Estados Unidos?

Mi mensaje es muy sencillo: que debemos ser amigos. No amigos de la ceremoniosa clase oficial, sino amigos en ideas, amigos en actos, amigos en una inteligencia común y creadora. Estamos comprometidos a llevar a cabo una solemne y magnífica empresa. Tenemos el mismo ideal: justificar América, creando en América una cultura espiritual. Y tenemos el mismo enemigo: el materialismo, el imperialismo, el estéril pragmatismo del mundo moderno.

Las fuerzas de explotación y de muerte espiritual están unidas en todo el mundo. Si las fuerzas de la vida creadora tienen que prevalecer contra ellas, también deben unirse. Este es el cruento problema de nuestros siglos; y es un problema tan antiguo como la historia. Pero en tanto que en los tiempos pasados el teatro de la lucha ha estado en Asia, en África, en Europa, en el siglo que viene ese centro se moverá y quedará en América. Nosotros, en América, debemos apoderarnos de las vastas energías de nuestro nuevo mundo, para la causa de la verdad; no sólo para que Amé-

rica se convierta en algo mejor que un hijo bastardo de antiguas civilizaciones; sino para que, verdaderamente, todo el mundo occidental no se hunda en el caos y la desesperación; porque la energía que da origen a la luz espiritual, está moribunda en las tierras de la Europa occidental. En los siglos futuros esa luz nos vendrá a través de los mares, de Inglaterra, Francia, Italia y España, o absolutamente no nos vendrá.

marcha de nuestro imperialismo industrial; también nosotros. Usted teme la persuasión de su prestigio y éxito sobre las masas incultas de su tierra; también nosotros. Usted hace votos porque la rica promesa cultural de los Estados Americanos no desaparezca hollada por la ciega marcha de una máquina niveladora; también estos son nuestros votos. Tenemos el mismo enemigo, porque tenemos el mismo ideal, y la mayor parte de este ideal es la santidad de la variedad cultural: es el deseo de que las Américas sean grandes, no con una uniformidad muerta, sino en ricas expresiones de fértil cultura.

Nosotros, la minoría de los Estados Unidos, que se dedica a la tarea de dotar nuestro país de un espíritu digno de su magnífico cuerpo, sentimos que somos la verdadera tradición americana, y que los bandoleros son los actuales directores políticos de nuestra tierra. No puedo entrar aquí en la explicación de las causas de nuestro aparente eclipse espiritual. Los cambios de

población y el dominio de nuestra rápida expansión nacional, así como algunos otros acontecimientos inmediatos, como la Guerra Civil y la apertura del Oeste, lo explican suficientemente. Pero después de una aparente solución de continuidad, la verdadera tradición idealista y religiosa de los Estados Unidos, continúa. En una generación más sencilla, Whitman, Thoreau, Emerson, Lincoln, representaron esa tradición; en un medio mucho más complejo y difícil de manejar, nuestra generación toma la Palabra una vez más.

Todavía estamos diseminados en

...Frank ha pasado por España esta primavera. Venía a tomar conocimiento con el español y con los españoles. ¿Por nosotros solamente? No; andaba buscando el puente que lo llevase a la intimidad con sus hermanos de la América española. Quería ofrecerles mensaje de que en los Estados Unidos no hay sólo codicias hoscas dirigidas hacia el Sur ibérico. También pudiera hallarse un núcleo de simpatía y solidaridad.

ANGEL SÁNCHEZ RIVERO

(Revista de Occidente, Madrid).

Hablo a usted como hijo de un país donde el mal moderno es peligrosamente fuerte. Ese mal ha desarrollado una gran técnica y una filosofía por cuyo medio todos los valores humanos, y aun los valores religiosos, se consideran como recursos de explotación material; pero aunque la enfermedad es fuerte en los Estados Unidos, también nuestra resistencia es fuerte y se robustece año tras año.

El conjunto de esta resistencia es una minoría; y en su nombre ocurro a usted que representa igualmente minorías creadoras en otras tierras americanas. Usted ve con desaliento la

pequeños grupos en mil ciudades; todavía tenemos a diferencia de ustedes, poca influencia en asuntos políticos y de autoridad; pero estamos creciendo enormemente; estamos apoderándonos de la juventud del país; disponemos del poder de persuasión de la fe religiosa; tenemos la energía del afecto, tenemos la permanencia de la verdad; disponemos, por decirlo así, del futuro

Tenemos nuestras miradas fijas en ustedes. Yo, como americano de esta generación y como portador de la verdadera tradición americana, los saludo y pido su cooperación y su amistad. Podemos ayudarnos mutuamente, como compañeros en una aventura común. Podemos animarnos, enseñarnos mutuamente, iluminándonos y nutriéndonos mentalmente en nuestros distintos problemas. Podemos crear hoy en una unión intelectual de americanos, del Norte y del Sur, un prototipo de la unión espiritual en que vivirán mañana, íntegra e individualmente fuertes, todos los pueblos americanos.

Para lograr este fin, debemos principiar. Los mejores libros de ustedes deben naturalizarse en los Estados Unidos por medio de traducciones. Sus pintores y músicos nos deben ser conocidos. Nosotros, en los Estados Unidos, debemos convivir en una atmósfera de reconocimiento espiritual y de cambio cultural con ustedes, que son nuestros hermanos. Y a la inversa, ustedes deben venir a nosotros para que sepan por nuestros escritores y pensadores, que Whitman, Thoreau y Lincoln tienen hoy sus sucesores en lo que es la tradición verdadera y religiosa de los Estados Unidos, como la de todos los pueblos americanos.

Muy cordialmente de usted,

WALDO FRANK.

(P. E. N. Mex. Volante N° 17. México, D. F.)

NOTICIA.—Waldo Frank pertenece al grupo más selecto de hombres de letras de los Estados Unidos. Es novelista y crítico. Cumplirá 35 años en agosto próximo. Es el literato idealista de los Estados Unidos, incrédulo de la grandeza de los progresos materiales, esperanzado en los bienes del espíritu, apóstol—dentro de una filosofía todavía íntima y casi desconocida aquí—de un continente americano mucho más fraternal. Es uno de los «nosotros», cuyo conocimiento recomendamos a los miembros del P. E. N. Club y a los escritores en general. En 1916 sostuvo la revista *The Seven Arts*. Sus libros son *Our America*, (1919); *Rahab y City Black*, (1922) y *Holiday* (1923).

Dirección de Waldo Frank:
Boni and Liveright,—61 W. 48
Str. New York City, U. S. A.

Remate de una conversación

(Véanse antes los números 8 y 10 del *Repertorio Americano*, tomo en curso).

Querido señor Pérez de Ayala: Mi carta publicada el día 2 en *El Sol* y motivada por sus «Divagaciones» del 28 y 29 de febrero, le ha sorprendido a usted y causado en cierto modo alguna molestia. Con razón, desde luego, porque su «Divagación» que llevaba el número 1, no era en realidad la primera, ya que en un artículo anterior, cuya existencia no podía yo imaginar, advertía que su intención era estudiar España y que a este propósito iba usted a «tomar los Estados Unidos en una y la más aparente de sus facetas, como pretexto, como estribo...» Su respuesta a mi carta publicada el 4 de marzo hace ver claramente cuán próximas están su actitud de usted hacia los Estados Unidos y la mía. Nuestra disconformidad era, pues, sólo aparente. Ya pasó. Pero el motivo real que fundamentaba mi alegato no se ha explicado todavía. Y puesto que he irrumpido—acaso con la impetuosidad americana—en su excesiva meditación, permítame, antes de retirarme, que ponga en claro cuáles fueron el motivo e impulso íntimo de aquella determinación.

No necesito decirle que no soy apologista complaciente de mi propio país. Mi obra responde por mí en este punto. Y, como usted dice, le habría sido fácil extraer en mis páginas críticas sobre América mucho más ásperas que cualquiera de las del Sr. Wells. ¿Por qué, entonces, me decidí a protestar? Wells es una especie de fuerza elemental. Como también lo son un ciclón o un toro. Su fuerza no estriba a ciencia cierta en ser una inteligencia fundamental. Abarca mucho, pero nunca profundiza. Trabaja ingeniosamente sobre el liberalismo humanitario de nuestra época, y, a la gran cantidad de gentes cómodas que quieren hacerse la ilusión de que se interesan profundamente por los problemas modernos, les proporciona esta satisfacción. Para nuestra crisis universal, donde lo que se necesita no son agudas observaciones superficiales (las hay por toneladas), sino profundas y modestas síntesis de valores humanos, Wells es un tanto precipitado, cuando no perjudicial. Nunca, sin embargo, se me ha ocurrido contestarle en letras de molde. ¿Por qué, entonces, me he decidido hacerlo ahora? Por una razón muy sencilla, que es el eje de toda la cuestión, querido Ayala. Porque era usted quien citaba a Wells, y porque con el peso de su autoridad y eminencia, la intelectualidad de España y la de la América española podrían dar a las descripciones de Wells una interpretación muy seria y peligrosa.

Digo esto solemnemente. No exagero lo más mínimo. Olvidemos a Wells. Olvidemos también a ese amable émulo colonial de Addison y de Steele..., a Washington Irving, a quien usted, muy cortesmente, considera un «gran escritor» y que hace un siglo inventó la ya anticuada frase hecha sobre el

«Todopoderoso Dólar». Los hechos son los siguientes: América tiene un sistema político en donde el Poder está vinculado en hombres en su mayoría malignamente venales o estúpidos, y donde la fuerza del dinero y de la posición se utiliza frecuentemente en corrupciones. No creo que este sistema discrepe mucho, en sus efectos generales, de los demás países europeos. América posee un sistema económico cuyas fuentes son europeas, y cuyo desarrollo, lo mismo que en otros países «civilizados», se ha inclinado allí hacia la injusticia económica, la esclavitud social, el despilfarro material y la presión espiritual. Estas condiciones existen en América y en Europa porque representan ciertas tendencias elementales en la naturaleza humana; en América, al presente, son románticamente llamativas. Estas condiciones son viejas. La injusticia, la esclavitud, la anarquía y el despilfarro son factores constantes en la historia de la humanidad, y lo seguirán siendo hasta que en virtud de la educación y de la lenta fuerza transformadora de la voluntad creativa, otro factor «constante» venga a poner un freno a aquellos.

Esta otra «constante» en la historia del hombre es la elevación espiritual, la devoción hacia la vida creadora, que existe de un modo articulado en la religión, en el arte, en los ideales sociales y políticos. En todas las épocas y en todos los climas, esta «constante» ha estado en manifiesta rebelión contra las manifestaciones de aquella otra «constante»: acaparación, injusticia, opresión, violencia.

Ahora bien: el desarrollo materialista de los Estados Unidos ha sido tan sorprendente, que ha captado la imaginación del mundo entero. No sólo esto, sino que se ha apoderado también de los medios de articulación de su mundo, que, en tiempos pasados, estaban vinculados generalmente en manos de la otra «constante»: de la minoría creadora.

Las iniquidades políticas, económicas y sociales de Atenas eran, relativamente, cosa frustrada: la articulación radicaba en Platón y en Esquilo. Los poderes ignorantes y brutales que sojuzgaban a Italia, no tenían la articulación del Dante, Rafael o Miguel Ángel. Los poetas que cantaron al Cid tomaban espontáneamente, o creaban, los elementos de su historia en armonía con su naturaleza poética; lo demás no era sino silencio. En América lo contrario es lo cierto. Los más bajos elementos, los cortantes, netos ritualismos del dólar, son los que dominan nuestra Prensa, los que publican nuestros grandes magazines, los que dirigen nuestras escuelas y aun los que hacen las películas que ustedes van a ver hoy en los teatros de Madrid. Y el resultado es que la «constante» creadora y espiritual de América, a la cual yo me refería en mi carta úl-

tima, aun cuando en vías de crecimiento, se ve paulatinamente dificultada, en mayor proporción con que lo estuvieron las minorías semejantes de tiempos pasados.

Y, querido amigo, este peligro es singularmente vital en lo concerniente a nuestro país y al de ustedes. Es un hecho que la opinión de Inglaterra tenga para nosotros mucho menos importancia que la de España. Porque lo que España piensa puede pensarlo también la América española.

Y si continúa el error de concepto entre los Estados Unidos y el resto de América, este error puede pasar del pensamiento a la acción. ¿Ve usted ahora, mi querido Ayala, por qué sus citas de Wells me intranquilizaban? Ya sé que ciertas clases intelectuales de Inglaterra se divierten creando un ogro americano, aprovechándose de las preocupaciones naturales de nuestro joven país, durante su época de crecimiento. Decir que no somos ni más ni menos que una máquina económica, halaga, sin duda, a sus gustos, y quizá disculpa a sus ojos su propio descenso espiritual. Deploro que exista un mito tal en Inglaterra; pero estoy dispuesto a emplear buena cantidad de mis energías en la tarea de destruir ese mismo mito en un pueblo que «potencial» y «espiritualmente» está tan cerca de nosotros, como es el país de ustedes y como son sus hermanos, que son también nuestros hermanos, a través del mar.

Me duele mucho la espesa ignorancia y la desconfianza que separa, como un abismo, las dos Américas. Y me duele tanto más, cuanto que me doy cuenta de lo mucho que hemos profundizado nosotros este abismo. La América española se ha acordado continuamente de los elementos de violencia y acaparación de mi América. Y cualquiera que haya sido la propaganda que para conocerlos mejor se ha llevado a cabo entre nosotros, con demasiada frecuencia ha ido teñida de un aspecto de penetración comercial e industrial. Peor todavía: el hecho de que ese mismo elemento intervenga, en los Estados Unidos, en todo medio de comunicación, nos ha impedido saber que en Méjico hay algo más que petróleo y cobre, algo más sobre la Argentina que la extensión de sus rebaños, algo más sobre el Brasil que las condiciones de sus cafetales, o, quizás, una pincelada pintoresca sobre sus enormes ríos.

Ya es hora de que los espíritus de nuestros dos países se comuniquen entre sí, y de que arranquen de las garras de acaparadores y explotadores los medios para esta comunicación. No soy el único en decir que hay en mi América un núcleo espiritual, en pleno crecimiento y lleno de fe, que mira con ansiedad hacia los pueblos del sur de Texas y que anhela llegar a una comprensión, común a todas las Américas, de lo que, después de todo, no es más que una empresa general: la de construir, con nuestras peculiares imágenes, culturas creadoras que expresen nuestra emersión de los montones de residuos políticos, económicos, y psicológicos que el viejo mundo vertió sobre nosotros.

Pero esas Américas del sur de Texas están

aún sin integrar: se siente uno desconcertado cuando intenta hablarles o cuando intenta oírlos hablar. Carecen aún de articulación y de centros receptores. Este centro, hoy por hoy, debe ser España. Aquí es donde debe reconocerse a la América creadora, si se quiere trabajar para que llegue un día en el que la comprensión espiritual una conjuntamente a las Américas, conforme ahora el espíritu de expansión amenaza separarlas.

Y por esto fué, querido Ayala, por lo que, quizá con más entusiasmo que elegancia—pero ciertamente en un espíritu de profundo afecto—, me decidí a protestar cuando vi que la superficial alharaca de Mr. Wells, tan fácil en propagarse, encontraba un eco en la pluma de un artista como usted, a quien tanto admiro y de quien tanto espero en esta tarea espiritual tan necesaria.

Muy cordialmente suyo,

WALDO FRANK

COLOFON

DE UN ESPAÑOL A UN AMERICANO

Cordialmente me felicito de haber sido, aunque de modo inesperado, quien ha puesto en presencia y conocimiento de los lectores de *El Sol* a un escritor del fuste de Mr. Frank, tan agudo y talentoso, que desde el primer libro que publicó atrajo hacia sí el apasionado interés de su país y mereció la atención culta de la Francia, el pueblo más madrugador en las jornadas literarias.

Sabía yo de antemano que las opiniones de mi admirado corresponsal y las mías son bastantemente unánimes. Por eso al primer momento me sorprendió el aparente y pasajero equívoco. No debe resentirse mi colega americano de haber irrumpido en mis divagaciones, con una especie de impetuosidad, aquí desusada. Nada de eso. Esta espontaneidad simpática le acerca a nuestro temperamento hispano, y por ende a nuestro afecto.

Mr. Frank, perspicuo observador, habrá echado de ver que no es raro que en España la impetuosidad nos gobierne. Aparte de que salir a la defensa de la patria, que se juzga lastimada, es el gesto más noble y que mejor percibe un español. *Maledicere lusitani proprium est*, es connatural al español (se alude a los tiempos de Viriato, que no han cambiado), hablar mal de sí propio, dijeron los romanos. Y de nuestra patria. Nosotros, sí. Pero que no se atreva uno de fuera. Añado aun que el *maledicere* de la patria es síntoma de patriotismo veraz. Dante, arquetipo de patriotas, el primero que alcanzó la visión de la Italia una, fluía en invectivas inagotables contra Florencia; pero, desterrado a Verona, no toleraba el reproche en labios ajenos. He observado en mis viajes que algunos de esos españoles acomodaticios y ditirámicos dentro de España suelen asentir complacientes y extremar solícitos el menosprecio de algunos extranjeros hacia España, figurándose con esto adquirir categoría de ciudadanos del mundo, nacidos por adversa suerte en un país infe-

rior. Por mi parte (y dentro de España no soy nada acomodaticio ni complaciente), tantas veces como he escuchado de fronteras afuera alguna estúpida generalización acerca de España no la he podido sufrir, y al punto me he producido en forma violenta, impetuosa. Los hombres cuerdos e inteligentes saben a qué atenerse en esta materia de los contrastes y diferencias comparativos entre nación y nación. La superioridad relativa no tanto existe entre nación y nación cuanto entre hombre y hombre; y en último término, la estimativa con que jerarquizar nación y nación, lo mismo que en un vivero de árboles o una familia zoológica, debe asentarse en la calidad de los frutos singulares que produce; ejemplares de selección religiosos, éticos, estéticos, científicos, etc., etc. Mister Frank—lo declaro con ingenuidad—es un fruto del entendimiento y de la sensibilidad que honra e ilustra a su país. A través de los diversos países, todos somos unos; por lo menos, algunos de la totalidad.

Quizás la disquisición antecedente, además de prolija, es excusada.

Quiero rematar con un advertimiento y un reparo.

Mi actitud hacia Washington Irving no es sólo de cortesía; también de gratitud. Es el primer escritor norteamericano que vivió en España, la estudió, la amó, y escribió acerca de ella con graciosa afabilidad. Es algo español. En Granada, un hotel lleva su nombre. Descontado este pormenor, el siglo XVIII tiene para mí un gran incentivo, en el orden de la especulación (no en el de la admiración artística), por sus curiosas similitudes con los siglos XIV y XV, en que se coagulan y morfologizan las nacionalidades modernas, y con el nuestro, en que comenzamos a vivir una era nueva. La explicación de estas similitudes me llevaría demasiado lejos.

El reparo es tocante a Wells. No me ha escandalizado (como a algún ignorante) que Mr. Frank calificase a Wells de periodista. ¿Por qué no? Todos los escritores modernos somos más o menos periodistas, como todos los periodistas son más o menos escritores. Wells ha dicho de sí mismo «que no es sino un periodista, y tal título es el que más le place». Esto no merece la pena de una glosa. Por periodista y por escritor moderno, Wells es a veces (siempre, si se quiere) precipitado; y en cuanto escritor absoluto (como todos los de éste, o de cualquier otro tiempo), es perjudicial si se le acata como autoridad única e inconcusa, *magister dixit*. No hay escritor alguno, el más indiscutible en la historia, a quien se le debe tomar sino a beneficio de inventario; sólo como una visión circunscrita del universo. En la superficie, esto es, en la forma literaria, en el sentido del área y de las dos dimensiones de primer plano, en lo que abarca, es donde Wells adolece y no admite defensa segura. Lo que le caracteriza, en mi sentir (no afirmo, declaro mi parecer), son las sugerencias inesperadas, las intuiciones repentinas, las punzadas hacia la tercera dimensión, en

profundidad; bien que él no siempre se detenga a utilizar con reposo el jugo extraído: en suma, una manera de genialidad ingénita. El esquema titulado *Perfil de la Historia Universal* de Wells, coincide singularmente con las líneas presentes de Mr. Frank; si bien en el libro de Wells la metáfora matemática de Mr. Frank—tan acertada y expresiva—padece alguna modificación. Para Wells—*grosso modo*, y también para mí—la historia se desarrolla y eleva porque de esas dos «constantes», una, la potencia creadora y espiritual, no es constante, sino variable, incoativa, aumentativa: lo que constituye la historia, según Wells, es la curva ascendente de esta variante: el gráfico de la otra constante (por ser constante) no hay para qué hacerlo constar, Wells lo desdeña y no menciona las batallas victoriosas de la fuerza bruta, sino las de la fuerza espiritual (pero hay que de continuo luchar heroica-

mente contra esta «constante» o gravitación vanidosa, egoísta y brutal, lo mismo ahora que en la época cavernaria). Nuestro Iñigo de Loyola veía la historia con una simplicidad parecida; a las dos «constantes» las llamaba él «las dos banderas». Y Zaratustra (el viejo, no el tudesco), y Zoroastro, etcétera, etc. Todos propendemos a ver la historia de esta suerte purificada. Y nuestra propensión quizás no es errónea.

Finalmente: nuestros hispano-americanistas tienen no poco que meditar sobre las líneas suscitadas de Mr. Frank.

Concluyo, de nuevo, felicitándome y felicitando al lector de *El Sol* por esta conversación con mi admirado y querido compañero Mr. Frank.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

(*El Sol*, Madrid).

rojo manejado sin fatigar la atención excesivamente, para encontrarnos con ediciones de Emilio Zola estatuidas *ad usum Delphini*.

La «inmoralidad» de los autores posteriores ha llegado a mayor delicia. Y naturalmente, la de autores anteriores. Y no pienso precisamente al decir esto en páginas como las de los libertinos del siglo XVIII. Pienso en los mismos novelistas románticos franceses, en Chateaubriand, en Lamartine. En Lamartine, sí, en el casto Lamartine, de quien impacientaba a Flaubert el no poder precisar del todo cómo había dado el negocio de sus relaciones con Graciela.

Así, en este capítulo, se deja ver en Zola un industrialismo frío, que arruina a mentido nuestras mejores disposiciones a la simpatía. Le encontramos a la vez, en este punto, mal intencionado y candoroso. La resultante nos desplace y enoja. Si existieran aquellas ediciones *ad usum Delphini*, creo que acabaríamos manejándolas nosotros.

3

Una cena de artistas en casa de un literato. A media cena, los convidados se exaltan, discuten, se pelean, no hacen mucho caso del menú que ha preparado la dueña de la casa con enternecedoras precauciones. Para resumir en pocas palabras el ambiente creado en el comedor y el estado de los espíritus, Zola apunta tres o cuatro anotaciones como estas:

«La luz del quinqué brillaba muy alta...» «Las flores de faïençe se abrían» (el comedor está adornado con porcelana de Delft)... «Y la mesa se incendió con el desastre del cubierto...»

¿Qué decir sobre esto? ¿Qué decir, sino que el lector de hoy en día, incluso el acostumbrado a los más estridentes atrevimientos metafóricos de la poesía y de la literatura de vanguardia, encuentra aquí un fragmento no indigno de ser puesto a su lado, un ejemplo de aquellas síntesis arbitrarias y febriles en que tanto se complace la sensibilidad moderna?

El lápiz rojo que antes reclamábamos para despojar a Zola de algunos pasajes introducidos en sus novelas por un frío industrialismo, podría tal vez completarse con unas tijeras que separasen, no unas páginas selectas—que unas páginas, ya sería demasiado para esto—, sino algunos fragmentos cortos, correspondientes a los mejores instantes en que se revela la posible calidad del artista. Obtendríamos así un Zola, no precisamente esta vez para uso del Delfín, sino para uso del esteta. Una colección semejante nos reservaría sin duda sorpresas muy delicadas.

EUGENIO D'ORS

(*Hermes*, Bilbao, 1921).

Releyendo a Emile Zola

1

CONVENDRÁ, probablemente, muy pronto, releer a Emile Zola, releerlo con propósito de revisión.—Razones extrañas a cualquier intento de este orden me han devuelto ahora a *L'Oeuvre*, la novela famosa del maestro naturalista. Y he encontrado allí muchas sorpresas y no pocos motivos de admiración.

En primer lugar, me parece admirable la vida agudísima, exacerbada, intensa, que Zola sabe prestar a los objetos inanimados y a sus conjuntos. Como autor de los que llamaríamos «bodegones épicos», tal vez no reconoce rival en toda la historia de la literatura. Generalmente, el color de estas naturalezas muertas redactadas, es poco fino. En cambio, ¡qué potencia sintética, qué energía de abreviación! El naturalismo fué acusado en su tiempo de culpas de un detallismo prosaico. Leyendo a Zola, al revés, nos maravilla muy a menudo la manera como sabe condensar en muy pocas líneas llenas de énfasis, poéticos escenarios, vastísimos lapsos de tiempo relativamente dilatados.

En esta misma cuestión de lo relativo al paso del tiempo, encontramos en él un don, también de naturaleza eminentemente poética. Con una indiferencia verdaderamente formidable, sabe conceder la misma extensión—una página, por ejemplo—, a hechos acontecidos en una hora a un solo sujeto y a otros que han llenado la vida de un grupo numeroso en una larga cadena de años. Diríasele a veces, completamente desprovisto de cualquier angustia de calendario o de reloj.

Parece poseer la mirada de un Matusalén, por no decir la de un Jehová. Pocos en el siglo XIX han tenido cualidades de historiador tan suntuosas. A su lado Macaulay, por ejemplo, produce en este punto una impresión que nos recuerda la de un inválido obligado a trabajar con un brazo únicamente.

Hay, por fin, una cosa en Zola que a veces causa sin duda cierta fatiga, pero que trae inevitablemente al respeto. Quiero decir, *la mafestad*. Un parentesco que nunca ha sido bastante subrayado, por ventura, une en la historia de las letras los nombres de Bossuet y de Zola, la prosa del uno con la del otro. Las dos pertenecen a la misma familia retórica... —y sospecho que, precisamente—¡quién lo hubiera dicho!—*ante el tribunal de la retórica* es donde convendrá intentar un día la tarea que ya la justicia reclama, el imparcial proceso de revisión.

2

¡Cuánto se ha insistido en los defectos de Zola! Algunos saltan a los ojos. No valdría la pena de insistir en ellos, si el análisis de alguno no pudiera traernos significativa lección.

Por ejemplo, es psicológicamente muy interesante ver la poca gracia con que el novelista introduce en la narración aquellas escenas que el lenguaje de la crítica y el público llamaba en su tiempo «realistas» por antonomasia... ¡Cómo se adivina que estos pasajes se han añadido por fuerza y con truco, cómo se despegan del texto restante, con qué facilidad llegaríase a eliminarlos! Bastaría con un lápiz

El Salvador Blanco

RESULTARÁ tal vez redundancia, o vana prolijidad, o escrupulosidad excesiva, escribir un artículo, por fuerza demasiado grave, sobre una notícula ligera. Pero no se hallará demás el exceso cuando se piense que la notícula en cuestión aparece en el último número—último para mí porque es el correspondiente a enero de este año—de tan importante revista como es la *Revista de Occidente*, de José Ortega y Gasset, quien dirige también la «Biblioteca de ideas del siglo XX», como en otra parte digo, prestando con ambas publicaciones un incalculable servicio a la cultura literaria y filosófica de nuestro mundo hispano-parlante.

Semejante notícula desentona en una revista siempre nutrida de substancia alquitirada y selecta. Y si no armoniza con el restante material de la revista, no hace tampoco buena figura entre lo producido por su autor, el señor Baeza, de quien he leído trabajos que están muy bien, para expresarme a la manera que suele hacerlo Ramón, el maestro de las greguerías, desde lo alto de su peña de Pombo.

Califico la notícula de ligera, porque, así como se da a entender en la misma, su autor trata de una obra de Hauptmann por lo que de ésta ha oído o leído que dicen o escriben no sé qué periodistas o críticos de Viena. Por otra parte implica una información inexacta y, en la *Revista de Occidente*, eso está mal y es un absurdo. Así, afirma que *El Salvador Blanco* de Hauptmann se acaba de estrenar en Viena, lo que puede ser verdad para Viena, pero que escrito, como parece estarlo ahí, de un modo absoluto, es falso. La tragedia o fantasía dramática de Hauptmann se estrenó en Berlín hacia fines de 1919 o a principios de 1920. El que esto escribe la vió representar en abril de 1920 en el Grosses Schauspielhaus de Berlín y, cuando asistió a esa representación, poseía ya un ejemplar de la obra impresa. No se llama tampoco *Der weisser Erloser*, lo que—aparte la mala construcción, pues la lengua alemana exige escribir *Der weisse Erloser* y no *Der weisser Erloser*—no podría traducirse *El Salvador Blanco*. En alemán su verdadero título es *Der weisse Heiland*.

Sorprendíame en verdad que no se hubiera dado hasta hoy en España ni en América noticias de esa obra, no sólo por ser del gran poeta y dramaturgo tedesco, autor del admirable poema dramático de «La Campana Sumergida»—*Die versunkene Glocke*—y, entre otros muchos, del célebre drama de «Los Tejedores»—*Die Weber*—escrito en pintoresco alemán de Silesia, sino sobre todo por ser el de su última obra asunto de raíz ibérica, según dice el señor Baeza, o más bien, si el señor Baeza permite, iberoamericana. Pero al mismo tiempo me explico lo erróneo y tardío de la información, considerando que, si ya antes de la guerra apenas teníamos en España y en la América

española conocimiento de la cultura alemana, literaria y científica, por lo que de esa cultura se permitía filtrar a través de las traducciones francesas, después de la guerra tal conocimiento es nulo o poco menos, ya que, además de faltar las traducciones, hay en el propio territorio alemán aduanas francesas muy rígidas.

El asunto de la tragedia es el de la conquista de México y particularmente la tragedia de Moctezuma, emperador, no rey como escribe el señor Baeza. Desconsuela y pasma al autor de la notícula que sea un extranjero y no un español—¿por qué no un hispano-americano?—quien explote un asunto de raíz tan ibérica. Es maravilla, en efecto, que a pesar de haberlo denunciado algunos en más de una oportunidad, españoles e hispano-americanos hayamos pasado indiferentes junto a ese gigantesco filón de oro que es la historia de la conquista. Ahí el material nativo espera, pronto a rendirse al esfuerzo de las manos que lo trabajen y apuren, y en tanta copia como para labrar, en verso heroico o en límpida prosa castellana, todo un ciclo de tragedias, poemas o novelas, a manera de un collar de soles en los que seguirían resplandeciendo en la literatura, con episodios de viva y soberana belleza, tanto hombre de pensamiento y de acción, de empresa y de presa, políticos o misioneros, bandoleros o héroes, grandes capitanes o aventureros depredadores, desde Hernán Cortés hasta Lope de Aguirre. Pero consuélase el señor Baeza, como yo, por el poquitín que a título de hispano-americano me correspondió, ya me consolé, con una observación de Spengler que, dispensándome a mí de hacerlo, contesta dos apreciaciones de la notícula, nada justas. El hecho de haber escogido Hauptmann un tema histórico del pasado no tiene qué ver con los años del autor, aun menos con tradición alguna de la dramaturgia germánica. El carácter histórico no es exclusivo de la poesía trágica tedesca. Pertenece a la tragedia de Occidente en general, así se trate de alemanes como de ingleses y franceses, desde Shakespeare y Racine hasta nuestros días. Todos han situado la acción de la mayor parte de sus tragedias fuera de su patria y de su tiempo: Racine en la Grecia de la antigüedad, Shakespeare en Francia, en Italia sobre todo, o en algún vago paraje más o menos balcánico, de la región que se extiende de la antigua Iliria a Bohemia, para no mentar el feo nombre que lleva hoy el país del señor Benés. Tal carácter se explicaría por la tendencia del alma occidental o *fáustica* al espacio ilimitado, a la perspectiva, y por consiguiente a la lejanía, con lo que, evitando las asperezas y fealdades de lo contemporáneo y actual, se obtiene para la obra esa pátina que sólo el tiempo da a estatuas y edificios.

No se necesitaba, sin embargo, conocer la observación ni la teoría spenglerianas para

acertar con el por qué de la elección de Hauptmann. El poeta escribía durante la guerra o inmediatamente después de la guerra y era de esperarse de tan sumo artista que sorteando los escollos de la actualidad, buscara en el pasado un símbolo digno de expresar lo trágico del presente.

No sé como a la crítica, aun a la misma que sólo de oídas conoce *El Salvador Blanco*, ha podido escapar el soberbio simbolismo de la obra. No recuerdo si algunas tiradas adolecen de excesiva longitud y lirismo, según el parecer que de críticos vieneses apunta el cronista español, ni entiendo muy bien lo que significa exceso de lirismo en esta clase de obras poéticas: sólo sé que, a su simple lectura, y todavía más cuando los oí en boca de buenos actores, encontré los versos de la tragedia henchidos de un hondo significado. Ni siquiera es necesario tener cuenta de la evangélica y dolorosa figura central de Moctezuma, trazada de mano maestra, ni de su patética desesperación en que la tragedia culmina, para sentir en su plenitud la tragicidad y el simbolismo de *El Salvador Blanco*. Recuérdese, entre otros, el pasaje en que de cuando en cuando, a modo de estribillo, vuelve y restalla, desgarrando las carnes como una fusta, aquel verso fatídico:

¿Was bedeutet Menschenblut? (1)
¿Qué importa la sangre humana?

Moctezuma, Hernán Cortés, los demás personajes de la tragedia y la misma conquista de México se desvanecen borrosos en la profunda lejanía, para quedar, únicos y verdaderos personajes, uno frente a otro, ese verso como una fuerza que surgiera de más allá del espacio y del tiempo, fatal y formidable como el destino, y el oyente que, sobrecogido, no puede menos de asociar a la música siniestra del verso la imagen de la sangre de millones de alemanes, franceses, rusos, ingleses, italianos y hombres de todas partes que todavía empurpura las viejas campiñas de Europa.

En la tragedia misma cada uno de los personajes puede interpretar ese verso conforme a su propio ideal, más o menos generoso y humano, más o menos egoísta. ¿Qué importaba a Hernán Cortés la sangre derramada, si la púrpura de la sangre servía a exaltar y perpetuar el fulgor de su genio y a dilatar el señorío y la grandeza de su patria española? ¿Qué importaba tampoco la sangre derramada a un fray Bartolomé de Olmedo, vale decir a la fé ruda, heroica y sombría de la época, si con derramarla se alcanzaba a integrar todo un Nuevo Mundo en el reino del Cristo?

Asimismo, fuera de la tragedia de Hauptmann, en la otra, en la todavía sangrienta y palpitante tragedia de Europa, cada uno de los personajes, cada una de las naciones puede interpretar el *¿Was bedeutet Menschenblut?* conforme a su propio ideal, tam-

(1) *Was bedeutet* se traduce literalmente, *¿qué significa?*, o *¿qué quiere decir?* lo que en el texto se halla en el sentido de *¿qué importa?*

bién generoso o egoísta, según se acerque a un alto concepto de humanidad o a un estrecho concepto de patria.

A la luz de ese simbolismo, el título de la tragedia adquiere una significativa ambigüedad, mientras pierde su inmediata significación histórica. Ya *El Salvador Blanco* no es el que anunciaba la ingenua y primitiva tradición azteca. Ni lo es tampoco Hernán Cortés como imaginaba la candorosa fé de Moctezuma. Dentro de la tragedia de Hauptmann, y dada esta improvisa ambigüedad, podría serlo más bien el propio Moctezuma, si de piel bronceada, de espíritu evangélicamente blanco. Y fuera de la tragedia literaria, dentro de la tragedia ambiente, dentro de la inmensa tragedia real de Europa, cada uno de los personajes, cada una de las naciones, particularmente cada una de las más torturadas y probadas como Francia, Alemania o Rusia, podría creerlo o decirlo de sí misma. Aunque mejor, y quizás con más justeza, la tragedia y su título pueden sugerir que es Europa, Europa entera, el verdadero *Salvador Blanco*, el último cordero pascual que ha venido a rescatar con torrentes de sangre todos los pecados de una civilización.

Teme el señor Baeza que Hauptmann no haya acertado a colocar bajo su verdadera luz la admirable figura de Cortés. Vano temor, porque la figura de Cortés aparece esbozada con probidad y reverencia exquisita. Pero, naturalmente esa figura no tiene todo el relieve que le corresponde, ya que es imposible que dos tan ingentes protagonistas como Cortés y Moctezuma puedan caber juntos y cabales en una misma tragedia. No es tampoco la tragedia el marco ajustado a la figura de Cortés y, aun dado que ese marco viniese bien al conquistador, la escena tendría que trasladarse entonces de México a Madrid, de la pompa solar del trópico realzada por el brillo de su genio a la densa noche de la ingratitud real. A Hernán Cortés político, gran capitán y fundador de reinos, conviene más el penacho lírico del poema heroico, o el buril severo del historiador, o un género mitad historia, mitad visión trascendente y genial, como un ensayo de la estirpe de los de Carlyle o Emerson.

En la notícula despunta más lejos otra preocupación o temor. Después de proclamar a Hauptmann y a Kotzebue como a los dos más gloriosos dramaturgos de hoy, el señor Baeza, a quien supongo muy joven, no cree prudente considerar como representantes genuinos del teatro moderno a esos dos ilustres sexagenarios. Así, para reconocer en un artista al genuino representante del arte de su tiempo, es necesario tener en cuenta su edad, lo mismo que si se tratara de encargarlo de la gestión de un negocio de banca o de mercería. Pero la limitación del talento o del genio artístico no está en los muchos años—¡oh manes de Cervantes y Goethe!—sino en que cese de renovarse, perdiendo la frescura juvenil de su facultad creadora, como no está en la obra de arte sino en tanto que no haya sido nunca, o ya no sea, o deje de ser cosa viviente. Si el hecho fatal de la

edad impide reconocer a Hauptmann—cosa que tampoco importa mucho—¿a quién reconocería el señor Baeza como genuino exponente del teatro contemporáneo? ¿Qué haría el señor Baeza con Bernard Shaw? ¿Qué haría, sobre todo, con Pirandello? Porque Pirandello es también un sexagenario. Tuve la suerte de conocerle en Roma cuando el estreno de su *Enrico IV* y puedo asegurar al señor Baeza que Pirandello tiene hijos cuarentones y peina canas albísimas. Siguiendo el precepto d'annunziano de *rinno-varsi*, mejor que el propio D'Annunzio, ya irremediamente engolfado como parece en un balbuceo sibilino y senil, ese inquieto, fecundo y agilísimo ingenio siciliano, después de imprimir su sello personal en la novela y en el cuento como pocos en Italia, a una gran distancia de excelencia de los Guido da Verona y otros mercaderes de la literatura, después de iniciarse en el teatro con piezas de penetrante e implacable dramaticidad como *Tutto per bene*, promueve, ya sexagenario, una verdadera revolución, infundiendo al teatro tanto hálito de juventud y dándole un rumbo tan nuevo y original que, por calificársele de algún modo, y para gran satisfacción de Marinetti, se le ha llamado futurista. Con esta designación el instinto público da en el hito esencial: expresa, no que Pirandello y su obra pertenezcan al grupo de Marinetti, sino que el artista y su obra están llenos de futuro, porque lo esencial es que la obra de arte viva y el artista engendre.

A fin de volver a Hauptmann y de que el señor Baeza pierda toda preocupación o temor, pueden compararse dos términos aproximadamente iguales como *El Salvador*

Blanco, la última tragedia de Hauptmann, y *Fedra*, la última tragedia de D'Annunzio, otro sexagenario. Mientras en la obra y por virtud de Hauptmann la tragedia pasa a nuestros ojos y vivimos intensa y profundamente la fé candorosa y la desesperación de Moctezuma, en la obra de D'Annunzio la tragedia está como por de fuera, pasa lejos del escenario y viene a sernos contada por una serie de mensajeros—trivial imitación o reminiscencia de la antigua tragedia de Sófocles—en medio de un retoricismo copioso, yerto y frío, que, a pesar o a causa más bien del estilo d'annunziano lleno de teatralidad y música, no alcanza a despertar en los corazones el menor sentimiento trágico.

Y así como la *Fedra* de D'Annunzio, que sólo es *indimenticabile* en los labios de la protagonista, ya antes de nacer está muerta, a la vez nonata y momia, cuánta obra de artistas vivos, sexagenarios o no, ha vivido más o menos fugazmente o no ha vivido nunca. En cambio, mientras la obra metódica y vasta de un Bourget, vivo todavía, y la de muchos poetas españoles de ayer y de hoy, están para nosotros irremisiblemente muertas, hay páginas de Stendhal y versos de Góngora que, al través de los años, continúan viviendo vida perdurable, con tanto ímpetu juvenil como para vivir por sí solos, y con tanta virtualidad creadora cuanto es necesaria a poner en el espíritu de los artistas la sacra semilla de la obra de arte impercedera.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Abril, 1924 San Juan de los Morros

(*El Nuevo Diario*, Caracas)

Gabriel Alomar y la política idealista

La obra y el hombre

NO puede ser más oportuna la aparición de *La política idealista*, de Gabriel Alomar, un libro en que a la vez se hace el balance de cuanto ha sido y es España, políticamente hasta la fecha, y en que se la «induce» a una acción de idealismo público. Todo gobernante español, antiguo, actual o en potencia, debiera leer y meditar ese excelente libro, aristotélico en cuanto a la sutil elaboración de sus conceptos, y platónico en cuanto al efluvio ideal que envuelve, como una atmósfera, al análisis de la realidad circundante; a un tiempo clásico, como construcción intelectual, y romántico, como sentimiento que rezuma de su forma; a la vez categórico y poético, rarísimo maridaje en este género de obras. Y no sólo los hombres de gobierno, sino cuantos quieran tener una clara conciencia histórica, en función con la

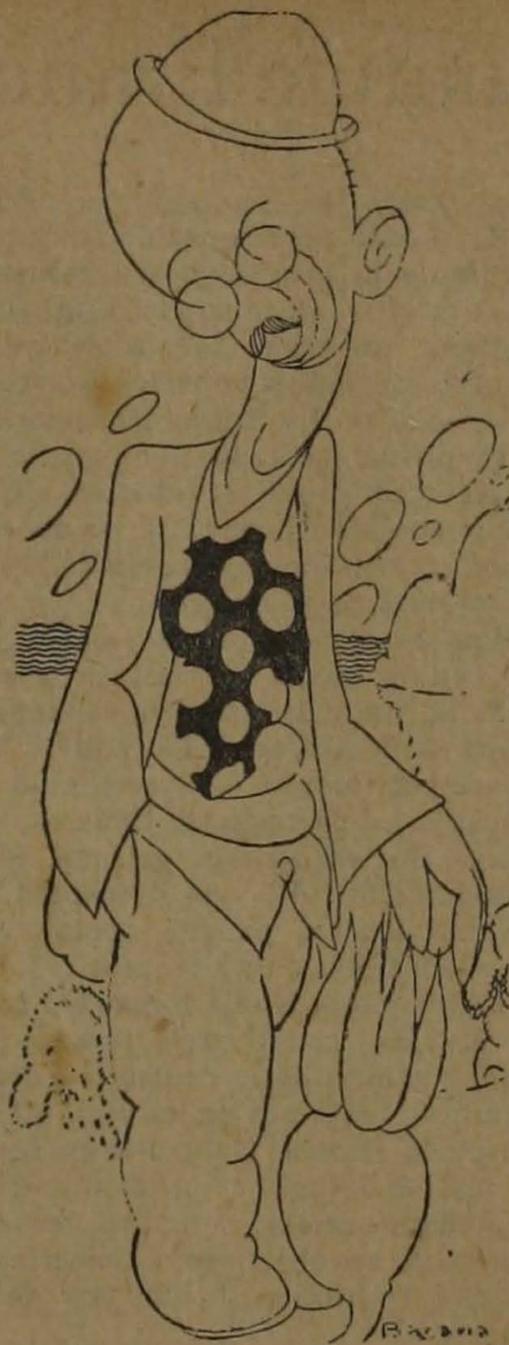
idea, de España y aun del mundo, deben abrevarse en este libro, que habla como un hombre, como el hombre humanísimo, integral, ardiente y generoso que es Alomar. (¡Desconfiemos, en cambio, de los hombres que hablan como los libros!)

En la despiadada selección de valores que van cerniendo los años, Gabriel Alomar se eleva sobre el páramo mental y ético de España como figura personalísima y señera, cautivante por la sagacidad de su entendimiento, por el poder comunicativo de su emoción y por la constancia de su voluntad. Otros se cansan; algunos se desvían lastimosamente; quienes han revelado que son—como decía Wilde de la mujer—esfinges sin secreto; quienes se preocupan del drama de la historia por el papel que en él quieren asumir, como ocasión de lucimiento, sobre el

tablado de la publicidad, más que como guías o intérpretes de un profundo malestar colectivo. Alomar es de los pocos que no flaquean ni se extravían, siempre uno mismo y siempre nuevo; político sin mezquinas ambiciones, hombre público sin histrionismo, docto sin pedantería, demócrata sin plebeyez, aristócrata o aristárquico, como él dice, sin pueril soberbia, religioso sin fe del carbonero, artista sin torre de marfil, más revolucionario en el espíritu que en la letra, muy español y muy universal; en una palabra: el ciudadano perfecto, hombre de ágora y de academia, de acción y de pensamiento, juez siempre justo en cuestiones de Derecho y siempre comprensivo en asuntos de belleza. Nada humano le es extraño: admirable fusión de un intelecto poderoso y un sentimiento hiperdelicado.

Costa tenía algo de los profetas bíblicos: desmesurado, épico, atronador y, en el fondo, algo campesino—con su política de calzón corto,—muy hombre de la tierra. Alomar es idealmente ciudadano de Atenas, de Roma, de la ciudad, como tipo de civilización. Costa era realista: escuela y despensa, cultura y economía, relación del hombre con las cosas intelectuales y materiales. Alomar, idealista: se afana por elevar la vida a rango civilizado, por dignificar las relaciones del hombre con el hombre. Costa es inolvidable. Alomar, imprescindible. Seguimos, desde lejos, a Costa; convivimos, en una misma *Polis* imaginaria, con Alomar. Hombre de montaña, de tierra adentro, el uno; hombre del mar, isleño, el otro. Y nos integramos en ambos.

Me placería glosar algunos de los capítulos e ideas de *La política idealista*; pero dos consideraciones me detienen: una, que no podría hacerlo en las actuales circunstancias, marcadamente si quisiera comentar algunas de las partes ahora más sugestivas del libro, como la tercera y la sexta; y otra, que al que esto escribe le parecería glosarse asimismo, pues, salvo muy secundarios detalles de matiz y modalidades de forma, en que Alomar es incomparable, por la gracia y densidad de su estilo, a un mismo tiempo color y línea, música y concepto, con poquísimos escritores españoles contemporáneos, su temperamento y sus concepciones políticas son tan afines como con Alomar. Hay escritores que uno va dejando de leer, porque ni su pensamiento ni su expresión añaden ya nada de nuevo a lo conocido; otros, que se leen aún como reactivos, como seguros y de antemano sabidos excitantes de oposición y autodefinition, ya en la idea, ya en la forma; y otros, en fin, los más dilectos, que se leen porque uno está cierto de que siempre



GABRIEL ALOMAR

(Por BAGARÍA)

dirán bella y precisamente, lo que todavía flota obscuro e informe, ávido de luz y contorno, en nuestra conciencia. De este último linaje es, para este lector, Gabriel Alomar: un espíritu fraterno, que se adelanta en penetración y claridad.

Reputo a Alomar como uno de los valores más altos de la mentalidad española contemporánea por su sensibilidad proteiforme, por su amplio y profundo neohumanismo, por su agudo conocimiento de todas las disciplinas intelectuales y por su idealidad desbordante sin ninguna limitación egoísta. Y, sin embargo, muchos tenemos la sospecha, y algunos deben sentir el remordimiento, de que en la ciudadanía intelectual de España se considere a este hombre exquisito e insigne como algo forastero. Imperdonable injusticia. Pero tiene el fenómeno más de una explicación, todas honrosas para él. Vive lejos de la corte, donde las lonjas de valoración se guían mucho por la *presencia*, por la corporeidad física, por la irradiación personal inmediata: régimen de zoco literario y político. No interviene, por lo tanto, en

las disputas diarias de la moda, que él seguramente desdeña: «la moda, eterna diosa de los incapaces de originalidad», dice en su libro. No forma parte de grupos ni busca un puesto al sol de la clasificación por generaciones; no sabemos si está dentro o fuera de esa pintoresca fecha del 98 o de alguna otra fijada con cómica exactitud cronológica.

Está sólo como individuo, lejano, en sus fantasmagóricas Baleares, al borde del numeroso sendero mediterráneo, entre el cielo y el mar, entre las civilizaciones clásicas y el mundo moderno, con el cordaje de su alma marina vibrando a todos los vientos del arte y la política, que también es, en esencia, un arte. Y, sobre todo, las flechas de su arco son puras, sin veneno ni hiel, sin sarcasmo, sin sátira, sin ironía, sin ninguna de estas fuertes especias personalistas que muchos paladares buscan con morbosa delectación y dan la medida—lamentable vara de medir—del punto en que se estima o teme a un hombre público. Alomar es siempre grave, objetivo, religioso como sus propios ideales. Tal vez mira a Madrid con ojos de humorista, contrastando lo que aquí se quiere ser con lo que se es; pero nunca nos delata su prosa este sentimiento de los contrarios; su bondad excluye todo pretexto de risa, acaso dominado por el dolor histórico de ser español.

Hablando del hombre, he dejado de hablar del libro. ¿Pero de qué sirve un libro sino para conocer al hombre que lo escribe, su visión del mundo y de la vida? ¿Qué es el *Quijote* sino una autobiografía recóndita de Cervantes? Todo buen libro es, por mucho que quiera ocultarlo, y acaso más cuanto más lo oculte, autobiográfico. Cuando en un libro no se sienta palpitar la sangre y el alma y el nervio de su creador, no vale la pena de pasar de la primera página. Busquemos el libro que habla como un hombre, no como otros libros. Y cuando lo encontremos, como en *La Política Idealista*, fatalmente acabaremos hablando con preferencia del hombre que lo escribió más que de su libro. Esto es siempre un placer, y, algunas veces, una justicia.

LUIS ARAQUISTAIN

(La Voz, Madrid).



Mi homenaje a Anatole France

LLEGO tarde para ofrecer mi homenaje al maestro France. ¿Llego tarde? El terrible episodio de los pasados días me indujo a volver mi vista, como a un refugio espiritual, a la estantería que en mi pequeña biblioteca familiar guarda los libros del querido autor. Pero... ¿qué buscaba en ellos? ¿En qué honduras de ese espíritu magistral encontraría mi consuelo? Porque la verdadera superioridad de Anatole France reside en haber sabido «polarizar» su alma y compensar la amargura de su ironía con la noble fe de su esfuerzo por la liberación humana. Contra el escepticismo de M. Bergeret no hay mejor antídoto que la vida ciudadana de Anatole France.

• •

Podríamos imaginar un diálogo filosófico entre personajes de alegoría, cada uno de los cuales representara una de las formas en que los hombres han buscado la compensación al dolor de la vida y a la evidencia inexorable de la muerte. Esos personajes forman una gradación espiritual, que va desde la pasividad resignada hasta la lucha heroica. ¿Quieres, lector, que los evocemos ahora, entre tú y yo, como en un conjuro? Reconócelos bien: son la Ironía, la Protesta, la Lucha...

¡Oh, paradoja! ¿Dónde están los manantiales eternos del pesimismo? ¿Dónde los del optimismo? Por una ironía de ironías, la risa es la máscara de los que ven la vida como trasunto del mal. En cambio, la lucha peligrosa y temeraria, aun a costa de la muerte, brota en la esperanza de la posibilidad del bien. Nada más pesimista que la farsa cómica. Nada más optimista que la tragedia, por la cual los hombres combaten a los dioses y les vencen.

Anatole France es un irónico. Pero como escritor, no como ciudadano. Pertenece a una estirpe bien francesa, cuyos dos más típicos predecesores son Rabelais y Voltaire. Y aquí podríamos inducir la trayectoria de lo que llamaríamos el «modo irónico», que empieza en la grasa parodia bufonesca (*farsa, sátira*, palabras etimológicamente idénticas) y se depura hasta el amargor de la percepción filosófica del contraste entre la vida y la idea de felicidad.

Sería interesante un ensayo sobre las relaciones entre la escuela epicúrea y la tradición de la ironía. Anatole France, espíritu clásico, muestra claramente la conjunción de aquellas dos estirpes intelectuales.

Pero la ironía no es la única masa

consoladora de los hombres. En el fondo, ironía es resignación, reconocimiento de la inutilidad del esfuerzo. No la confundamos con la resignación cristiana, que envuelve la esperanza de una existencia superior: el «reino de los cielos». La ironía fundamental es el último reducto de instinto de conservación, que se abstrae de su propia cualidad humana y ríe del contraste entre la inconsciencia de la vida y la certeza de la muerte.

Mas ese consuelo no nos basta. Por ello, en la escala de valores que va desde la ironía al esfuerzo, el segundo grado es la protesta. He aquí el verdadero patrimonio de la tradición romántica. La protesta no tiene un sólo matiz. Su verdadero germen es la desesperación. El que desespera, en realidad espera, porque apela a sus fuerzas íntimas para conjurar la fatalidad. Cuando la ironía toma las formas del *humour*, convierte la risa en protesta, en impropio contra los dioses enemigos. Estamos en los umbrales de la escuela estoica. Contra la evidencia del mal, el refugio es la voluntad. Si no podemos anular el mal, el remedio consistirá en objetivarlo, hacerlo extrínseco a nosotros, inhibirnos de él, superarlo.

Desde esa modalidad espiritual, el paso al grado inmediatamente superior no es difícil. De los gérmenes mismos de nuestra «pasión» nacerá la «acción» suprema: el esfuerzo, el combate con la fatalidad, la «agonía» en su sentido original, o sea la lucha contra las fuerzas «antagónicas» a nuestra voluntad de «protagonista». Es el alto sentido de la tragedia. Y la tragedia, contra todas las vulgares interpretaciones de su concepto, es una forma de optimismo, porque en ella va envuelta la convicción de la victoria final del esfuerzo humano.

• •

Resumiendo, pues, esa trayectoria que va desde la ironía pesimista al esfuerzo triunfador, a través de la disconformidad y la protesta, podríamos decir que la Novela, en cuanto representa objetivismo, observación de la realidad, pintura de la Naturaleza, siempre hostil al hombre, es un elemento negativo, propicio a la sugestión de la ironía y del pesimismo. La Novela, por ser la plasmación literaria de la vida, nos la presenta en toda su negrura.

Por oposición a ese objetivismo cruel y desnudo, el individuo, por instinto de defensa y afán de conservación, acude al consuelo de su fan-

tasía, que le crea un mundo ideal como habitación de su espíritu. Así nace la Lírica, sede nativa de la Protesta, germen de todo optimismo. Y de la Lírica nacerá el sentido heroico, por el cual la Historia se transfigura en Epica, sobreponiendo a las fuerzas fatales la paternidad espiritual del hombre, y marcando en el áspero terruño de la vida el surco de la voluntad humana.

La Tragedia es la depuración de ese sentido heroico; en ella se ha pasado a la plena subjetivación del esfuerzo, y, por lo tanto, del sentido optimista.

• •

La lección que nos da esa vida ejemplar de Anatole France consiste, para mí, en haber sabido elevar su personalidad por encima de su obra; en haber sabido ser campeón, además de artista. Pasan ante nosotros, en sus páginas ya teñidas con la pátina de la inmortalidad, las suaves y hondas ironías; pasan los personajes representativos de la burla pesimista, vagamente ambiguos, entre cínicos (en el sentido original de la palabra) y epicúreos (también en la primitiva y pura acepción). Acaso las poesías del maestro fueron construídas en su torre de marfil, llena de tesoros de bibliófilo. Pero en nuestro recuerdo viven más aquellos dulces desdoblamientos, que nos muestran a France en su dilectantismo exquisito, conjurando con su sonrisa la presencia eterna del dolor.

¿Bastaba esa actitud, o, mejor, esa pasividad, amable, que se remanga la toga patricia para no mancharla en los charcos del camino? ¡No! Y toda una vida de noble interventor civil, de actividad protestaria y generosa, una profesión continua de fe en la eficacia de la idealidad y del esfuerzo, opuso vigorosamente, como un rescate, el hombre al artífice, el poeta a la obra; el noble visionario de *Vers les temps meilleurs* y *Sur la pierre blanche*, a las crudezas de Jerónimo Coignard, el nuevo clérigo goliardo.

Ante la agonía de Thais, Pafuncio se arrepintió de haber sido un rudo Joakanan. Pero ante las injusticias del mundo, Anatole France ha querido compensar bellamente la inercia profesional de M. Bergeret. Ha querido tener, como Carducci,

un fiore per l'amore,
e per l'odio una saeta.

GABRIEL ALOMAR

(*La Libertad*, Madrid).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Lic. Juan R. Vargas,
Presidente Honorario
Manuel M. Zúñiga P.,
Presidente
Alfredo Sánchez,
Secretario
Rafael Estrada,
Encargado de las Publicaciones

Asociación de Estudiantes Universitarios e Intelectuales de Costa Rica

Francisco Ibarra M.,
Encargado del Intercambio
Centro-Americano
Felipe Gallegos,
Encargado de Estudios Jurídicos
Héctor Antonio Ortiz,
Encargado de las Publicaciones

MENSAJE Y PROCLAMA.

De los Estudiantes Universitarios de Costa Rica al Lic. Vasconcelos.

Maestro: El clamor que se levanta de Nuestro Continente es el despertar de una raza fuerte.

Maestro: La blanca paloma de tu Mensaje regresa a tu lado con una rama de olivo en el pico.

Maestro: Una legión de jóvenes, vinculados por una misma sangre, ungidos por una misma lengua, quemados por un mismo ideal hasta lo más hondo de sus entrañas, se alistan bajo la bandera que tú enarbolaste en nuestros tiempos.

Sinceros paladines pregonan a los cuatro vientos la cruzada inmortal.

Los clarines harán oír sus ecos en todos los valles, en todas las montañas, en todos los rincones a lo largo de la Cordillera de los Andes, proclamando el nuevo día.

Y cuando las legiones dispersas, oyendo la voz esperada, levanten sus ojos en busca del símbolo, de la insignia, de la bandera que condensan todos los afanes, que represente todos los intereses, que pregone todas las fuerzas unidas, hallarán flotante sobre la extensión del Continente, por primera vez en la historia, ese símbolo, esa insignia, esa bandera. Pues tú, Vasconcelos, eres el símbolo, eres la insignia, eres la bandera esperada; tú, Vasconcelos, el hermano mayor de la raza.

Es a tu lado, bajo la protección de tu soberbio estandarte, al timbre de tu voz: es así como han de unirse en un sólido bloque, para iniciar de manera uniforme y formidable la cruzada inmortal, las legiones de jóvenes de Nuestra América.

Creemos en la sinceridad de todo aquel que se apreste a servir a la gran causa.

Creemos que la raza palpita en todos los pechos de las generaciones vivientes de Nuestra América.

Creemos que el espíritu se cierne sobre la gestación de la raza.

Y es esta la voz de los siglos futuros: el imperio más grande que hubo sobre la tierra, el imperio del bien y de la fuerza, el imperio del espíritu se cimentó en la visión que la mano de un hombre señaló a las compactas masas de estudiantes estupefactos.

Y ese Maestro eres tú, Vasconcelos, el hermano mayor en la raza, que despiertas afanes, que siembras esperanzas, que aunas voluntades, que en la más alta evolución de los valores humanos, eres el más grande de los conquistadores.

Este es el Mensaje que lleva estampado en su pecho la juventud de Costa Rica, señor Vasconcelos. Donde quiera que vayas tu nombre será nuestra insignia. Los jóvenes de Argentina, de Perú, de Colombia te han proclamado su Maestro. Somos compañeros suyos; por este mismo correo les irá transcrito este mensaje, que es nuestra proclama. Y han de estar en tus manos, en un haz confundidas, en un haz exponente del afán de la raza, las proclamas de todos los jóvenes de todas las otras naciones, porque eres en verdad el Maestro de las juventudes todas de nuestro Continente.

ASOCIACION DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS E INTELECTUALES DE COSTA RICA.

F. Gallegos Yglesias, M. M. Zúñiga P., Héctor Antonio Ortiz O.,
Francisco Ibarra Mayorga, Rafael Estrada, Alfredo Sánchez M.

El grande aniversario de 1924

Ayacucho

EL 9 de diciembre de 1924 se cumplirá un siglo del día en que la América consolidó su Independencia. Nada hay que decir sobre la significación de esta esfemérides, porque suponer que haya quien la ignore o desconozca, es hacer agravio a la conciencia del mundo.

La batalla providencial se libró en suelo peruano, y el Perú, tradicionalmente espléndido y regido hoy por uno de los grandes hombres de América (1), hará de la conmemoración de Ayacucho una ara excelsa donde los pueblos cultos de la tierra vayan a refrendar su irrevocable adhesión a la libertad.

Bien conocidas son las ideas del Presidente Leguía sobre Bolívar y sobre Colombia. Frente a la actitud de algunos retardatarios alucinados que aún existen, él considera y ha honrado a Bolívar como el Héroe epónimo, el Genio, el Padre, el Sol vivificador de nuestra raza. En 1921, durante las fiestas centenarias de la proclamación de la independencia peruana y en la inauguración del Museo Bolívariano de La Magdalena, Leguía lanzó el programa salvador que tantos aplausos y tantos comentarios ha despertado en el Continente. «El afán de hoy, la necesidad inmediata y urgente—dijo ante los Embajadores del mundo—es la aproximación cordial entre los pueblos civilizados de este Hemisferio». Y refiriéndose especialmente a Bolívar, agregó: «En vuestras manos está, hermanos nuestros de las tres Américas, realizar el sueño del Prohombre americano, poniéndonos a la obra de unir en apretado lazo de un mutuo afecto, a todos los pueblos para quienes la mirada refulgente del Héroe fué como un sol de libertad».

Cuanto a Colombia, su programa cristalizó desde el 24 de marzo de 1922 en el Tratado que suscribieron ese día el Plenipotenciario de Colombia y el Canciller Salomón, uno de los más inteligentes, conscientes y eficientes colaboradores y más leales e íntimos amigos del Presidente Leguía.

Ese tratado no se ha publicado todavía, pero en relación a él se han hecho afirmaciones terminantes sobre estos puntos: es arreglo directo, no arbitraje; soluciona toda la cuestión de límites entre el Perú y Colombia y

las de tránsito terrestre y libre navegación fluvial, cuestiones que empezaron a debatirse en 1822 y mantuvieron por mucho tiempo en difícil situación las relaciones de los dos países; la línea entraña concesiones ambas partes y muestra un alto espíritu conciliador en ambas Naciones.

Es, este en verdad, un buen ejemplo de cordura y de comprensión de los intereses fundamentales del Continente, La vieja e insensata política de discordia entre pueblos americanos, o de aplazamiento sistemático en la solución de las divergencias de límites, hija unas veces de tendencias imperialistas y otras de timidez y cobardía para afrontar responsabilidades, ya pasó definitivamente a la Historia. Y el Tratado de 1922 entre el Perú y Colombia marcará siempre uno de los grandes jalones de la nueva y fecunda orientación americana.

Las Cancillerías y la Prensa del Continente, casi sin excepción, defienden con calor la tendencia a «solucionar» de que han dado tan claro ejemplo en los últimos tiempos Colombia, la Argentina, Chile, el Perú y otros pueblos. Y debemos confiar en que no cerrará el año centenario de Ayacucho, que hoy principia, sin que las cuestiones todavía pendientes queden

Bolívar

*Para mi maestro de americanismo,
don J. García Monge, en el REPERTORIO AMERICANO.*

Era la hora propicia de las renovaciones, las águilas andinas sacudían sus plumajes y por el derrotero de las constelaciones ya Colón regresaba del quimérico viaje.

Se dilató el imperio; los bravos infanzones domaron tempestades, abatieron boscajes y Cervantes y Cristo sobre nuevas naciones tuvieron reinos propios y vastos homenajes!...

Y en el ciclo glorioso que la América traza, completando la triada que sostiene la raza, se irguió sobre los montes, Dios fuerte y [colosal

Bolívar, y hubo entonces en los cuatro [horizontes, lluvias de estrellas, fuegos, bramas del [Aqueronte ¡y América encontraba su signo zodiacal!

CARLOS LUIS SARNZ

Julio, 24, 1924.

racional y amistosamente solucionadas. Tal debe ser y es, hoy por hoy, la obra primordial de los verdaderos estadistas de América.

El tratado de 24 de marzo de 1922 selló definitivamente la querrela de un siglo entre dos naciones hermanas, que se parecen mucho, que se complementan y se necesitan, y que por desvío incalificable habían venido alejándose y hasta zahiriéndose por sistema. Los Congresos de los dos países estudiarán ese pacto y se pronunciarán sobre él en el presente año, y—salvo que un Hado adverso pese sobre ellos y los empuje al desastre—será aprobado y coronará la obra feliz de la conciliación. No en vano ha sido firmado después de cien años de discutir acerca de él los más ilustres estadistas de los dos pueblos, y ha sido firmado por un peruano que honra a la juventud de América con sus luces y que llegará seguramente a las más altas cumbres cívicas de su Patria, y por un colombiano que lleva en las venas sangre procerosa y ha consagrado su vida al servicio de la República.

El Centenario de Ayacucho encontrará, pues, a Colombia y el Perú fuertemente unidos, salvo, como queda dicho, que un Sino fatal los persiga. Y el sol del Centenario—el mismo que cabrilleó en la espada vengadora de Córdoba—los hallará sobre el Condorcunca preocupados otra vez por empresas de engrandecimiento y de gloria.

Tal es la expectativa y la esperanza de los buenos americanos, desde Washington hasta Buenos Aires.

La libertad del Perú como fin y corona de la obra libertadora general, fué la obsesión de nuestros Próceres. Bolívar desde de sus delirios proféticos de 1812, y a través de todas las vicisitudes de la campaña, sostuvo la tesis con fe y voluntad indomeñables. Y Santander, la figura central de la libertad granadina, el organizador de la victoria, el incansable colaborador y proveedor de Bolívar, recordemos que en octubre de 1819, a raíz del triunfo de Boyacá, al comunicar a Lord Cochrane la situación de estabilidad y progreso en que estaba nuestra Patria, le decía: «Las Provincias meridionales deben contar con la eficaz cooperación de la Nueva Granada para redimir al pueblo peruano de la servidumbre en que gime».

Después, cuando los ensayos y esfuerzos de los Próceres peruanos y del noble Protector argentino requirieron nuestra ayuda, no hay para qué repetirlo cien veces sabido de que acudimos con el mismo o mayor entusiasmo que a nuestras propias gestas nacionales. Recuérdense las fastuosas palabras—para no citar sino palabras—

(Pasa a la página 318).

(1) El Editor del REPERTORIO AMERICANO, desde luego, respeta este juicio, pero no lo comparte. Conste así.



LA EDAD DE ORO

24.—La burra

Coja.

Había una vez tres vecinos: un hombre acomodado que traficaba con dos recuas de mulas; un pobre que poseía por todo haber una burra coja, y otro más miserable que nada tenía.

El dueño de la burra era empeñoso. A fuerza de curar todos los días la pata enferma del animal, alivió tanto su cojera, que pudo cargar en la bestia un costal de trigo. Así reanudó su trabajo y algo ganaba, aunque debía marchar a pie, prefiriendo el flete a su comodidad. Esto motivaba comentarios sarcásticos del vecino miserable, quien reía de la burra coja y de la avaricia de su dueño; pero, de cuando en cuando, y por más que esto mortificara grandemente su orgullo, la necesidad obligáballo a compartir de la mísera ganancia que el otro ofrecía generosa y discretamente.

Sólo cuando el convidado lanzaba amargos reproches contra el propietario de las mulas cuya riqueza parecíale inicua porque no era suya también, el dueño de la burra decíale con calma:

—Mejor sería que procurara hacerse usted de una bestia, y que nos asociáramos para trabajar, primero, sin perjuicio de protestar después contra las desigualdades de la fortuna, poco equitativas en efecto.

Pero el otro hallaba mejor su amarga crítica contra los dos: unó por pobre y otro por rico; y pasábase los días opinando sobre lo que ambos debían hacer, sin hacer él mismo nada entretanto.

Al cabo de un tiempo la burra coja curó, merced a la solicitud de su dueño: con lo que éste pudo cargar en ella un costal doble, y aliviar su propia fatiga, montando a las ancas de trecho en trecho. Y todavía, al año, parió un lindo pollino que así duplicaba el haber del pobre empeñoso. Todo lo cual motivó que el vecino acaudalado lo tomara como capataz de sus recuas.

No dejó el otro de condenar severamente aquella actitud con la cual el rico explotaba al pobre, mientras el pobre se entregaba rendido al rico; sin cejar en ella, por cierto, ni cuando el amigo generoso, que empezaba a prosperar, le regaló la burra y el asnillo. Pues se apresuró a vender los dos animales por desdén, juzgando despreciable el obsequio.

Y el filósofo, dirigiéndose a sus discípulos, añadió:

—Así seáis con vuestra conciencia, como el dueño de la burra coja. Que atendiéndola con solicitud corregiréis sus defectos y un día os dará multiplicio. Pero no hagáis don de ello al que nada cuida, porque lo dilapidará sin comprender. No os ocupéis de la moral ajena, que con ello no mejoraréis la propia, así como cortando las orejas a todos los jumentos del mundo, no alcanzaréis a formar ni siquiera una burra coja. Cada cual tiene su pollina defectuosa que debe cuidar; pero si en vez de esto, echa su tiempo en comentar los defectos de las ajenas, la igualará con ellas en el mal, que es la política de los necios. Aquí, en efecto, está la explicación de los malos gobiernos. En toda mala acción del gobernante, habéis de ver la pata de una burra coja. Porque la cojera impide el buen andar, pero no la coza.

LEOPOLDO LUGONES.

(Filosofía).

25.—Emerson deja su ministerio sacerdotal

Cuando llegó para él (¿para quién no?) la hora de la duda; cuando en un recodo de la senda, hasta entonces llana, descubrió escabrosidades que no sospechaba y más de un camino para llegar al fin no bien percibido, el alto no tuvo que ser duradero, ni la consulta prolongada: juzgó uno mejor, y lo siguió sin vacilar, aunque cambiando de dirección. Los que lo acompañaban hasta allí, lo dejaron ir y lo siguieron acompañando con su respeto. Ni concebía, ni era fácil concibiera, al hombre digno sin la sinceridad en la palabra y en la acción. Por eso ha dicho y enseñado de un modo tan enérgico: «Dí lo que piensas hoy con palabra segura, y dí mañana, con igual seguridad, lo que pienses mañana, aunque contradiga todo lo que has dicho hoy». Cuando llegó el momento, Emerson declaró su contradicción y la demostró con sus acciones. Merece que recordemos el caso.

Ejercía su ministerio, querido y respetado por todos aquellos a quienes edificaba con la palabra y el ejemplo; pero su espíritu continuaba su poderosa evolución, y pronto descubrió que negaba su asentimiento a algunas de las prácticas más antiguas y de los ritos más significativos de su iglesia⁽¹⁾. Procuró con prudencia y decisión su reforma, pero fué en vano: sus cosectarios permanecieron apegados a lo estatuido. Los convocó entonces, les expuso en términos sencillos y elocuentes su disentiimiento, se despidió de ellos con ternura y dejó el ministerio. «En mis funciones de ministro cristiano—les dijo—es mi deseo no hacer nada que no pueda hacer de todo corazón. Con deciros esto, os lo he dicho todo». Palabras admirables que nos descubren al hombre y nos pintan todo un estado de civilización.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

(Violetas y Ortigas. Del ensayo titulado Emerson).

26.—El florero de las dos Washington

En una colección que conmemora los hombres y los sucesos de la revolución venezolana, no podía faltar el busto de Washington al lado del Sello de armas de la antigua Colombia.

Hace poco que la excelente familia Sevillano nos regaló un rico florero de porcelana francesa que mide 39 centímetros de altura por 19 de ancho. Es una obra artística de notable belleza, trabajo de porcelana, de estilo griego, graciosamente exornado. En una de las caras, sobre fondo de esmalte azul, figura el escudo de armas de Colombia bellamente dibujado y dorado, y en la otra, sobre fondo claro-oscuro, sobresale una espléndida miniatura de Washington, que mide 11 centímetros de altura por 7 de ancho. En la garganta del florero y en la cara donde está Washington, leemos en una faja dorada el siguiente terceto, cuyo autor ignoramos:

(1) La Iglesia Unitaria, en la que se educó Emerson, en la que predicó y enseñó.

«Bien aventurada Patria
que tales hijos engendras
que tanta virtud abarcas».

¿Obra tan hábilmente ejecutada es única? No; este florero debió tener un compañero con el mismo terceto y con el Sello de armas de la República de los Estados Unidos de América en una cara y en la otra el retrato del Libertador Bolívar. Tal obra debió ser obsequio mandado desde París por algunos de sus tantos admiradores en esta capital, después de la creación de Colombia, como la Baronesa de Villars, Rocafuerte, José Fernández Madrid, Olmedo, Palacios, etc. etc. La época en que se hizo este presente debió ser en 1826, días en que el célebre Enrique Clay, en un banquete dado por el Gobierno norteamericano al General Laffayette, festejó a Bolívar llamándole el Washington de la América del Sud; al mismo tiempo que la familia de aquel fundador de libertad, agasajaba con espléndida e histórica dádiva al mismo Libertador por el intermedio de Laffayette.

Domina en este regalo una sola idea: la gloria de las dos Américas, representada por los dos Washington. Por esto aparecen trocados los Sellos de armas de cada República, como para manifestar el lazo que debe unir estas dos porciones del Hemisferio Oceánico; la una en la cual se eleva majestuosa el águila del Norte, la otra en la cual se posa el cóndor de las eternas nieves sobre los volcanes, atalayas del mundo de Colón.

ARISTIDES ROJAS.

(Siete estudios de
Aristides Rojas, Caracas).

27.—Obrerito

Madre, cuando sea grande
¡ay! qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el viento alza el trigal.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal
o si fundiré los bronce,
los que son eternidad.

Qué hermosa casa ha de hacerte
tu niño, tu titán,
y qué sombra tan amante
el alero te va a dar.

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

O mejor te haré tapices
y la juncia he de trenzar;
o mejor tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay! qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar,
o en la rueda del molino
o en las jarcias en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta las gavillas
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina
me enseñaste tú a crear,
y me diste en tus canciones
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal...!

GABRIELA MISTRAL.

(Desolación).

28.—Sobre las abejas

Un trozo de diálogo.

—¿Es verdad, mamá, que las abejas forman su miel de las flores?

—Sí, queridito, y con ello nos dan un hermoso ejemplo de perseverancia, de paciencia, de laboriosidad. Imagínate los viajes que tendrá que hacer cada una de ellas, al cabo del día, a fin de reunir, entre todas, los elementos necesarios para completar un gramo de miel... Y siendo tan pequeñas y pensando que a veces realizan trayectos de kilómetros y kilómetros a selvas distantes, a jardines apartados, comprende cuanto puede ser su amor al trabajo. Además, viviendo en comunidad, como viven, son muy ordenadas y justas, y a fin de repartirse equitativamente la tarea, sin que haya confusión de obligaciones, cumplen éstas por grupos: unas, que preparan la cera y hacen las geométricas celdillas del panal; otras que traen los jugos melíficos; otras que cuidan de las larvas y otras que se encargan de la limpieza de la colmena y la vigilancia de la puerta. Todo con tal orden, con tal disciplina, que una colmena puede servir de ejemplo para la organización de un país o de una casa. Asombra, también, el sentimiento de perfecta justicia que anima a la colonia. Todas las abejas trabajan por igual, todas realizan su tarea sin rebeldía ni pereza.

—Yo quisiera convertirme en abeja.

—Sin necesidad de ello, hijito, puedes ser ordenado, juicioso, trabajador y justo, con lo que yo estaré muy orgullosa y tú seras un muchacho querido de todos. Algo así como una buena y útil abejita.

JUANA DE IBARBOUROU.

(Ejemplario).

29.—Parábola de los segadores

Llegaron a segar un campo dos segadores. El uno, ansioso de segar mucho, empezó a cortar sin cuidarse de afilar la guadaña y al poco rato, mellada ella y embotado el filo, derribaba la yerba, mas sin cortarla. El otro, deseoso de segar bien, se pasó casi toda la mañana en afilar su instrumento, y al caer de la tarde ni éste ni aquél habían ganado su jornal. Así hay quien sólo se cuida de obrar sin afilar ni pulir su voluntad y su arrojo, y quien se pasa la vida en afilar y pulimento, y en prepararse a vivir le llega la muerte. Hay, pues, que segar y pulir la guadaña, obrar y prepararse para la obra. Sin vida interior no la hay exterior.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Vida de Don Quijote
y Sancho).

La Nave Italia

*Sopra'l monte Tarseo, Canzon, vedrai,
un Cavalier ch'Italia tutta onora,
pensoso più d'altrui che di se stesso.*

PETRARCA

1

GOZAN los poetas de una falsa reputación entre las gentes vulgares. Se cree que la imaginación y la intuición estéticas, manteniéndose en una región distante de la vida, que nada tiene de común con el atropellamiento de los sucesos que forma la trama del diario vivir. Poeta, no obstante, es, etimológicamente, *el que hace*. Homero sirvió a la educación universal de los griegos. Alejandro, el hombre que más *ha hecho* en la historia, el verdadero autor de la síntesis de Oriente y Occidente, tenía, como diríamos hoy, un libro de *cabecera*, su Homero. Aristóteles, preceptor de Alejandro, el mayor filósofo de todos los tiempos, enseña en su *Poética*: la Poesía es más seria y profunda que la Historia, porque la Historia dice cómo las cosas han sido, y la Poesía, cómo debieran ser.

2

D'Annunzio, el poeta, después de dotar a Italia de poemas magníficos y dramas y novelas perdurables; después de triunfar en *Fiume*, — *Fiume o la muerte!* —, regaló a su patria un pensamiento gentil que la cubrirá de gloria, corporizado en la nave *Italia*.

¿Qué es la nave *Italia*? El exponente del trabajo, el pensamiento, la industria, el arte, la cultura y la civilización entera de la gran nación latina. La nave *Italia* es la embajadora soberana del pueblo que, desde la loba hurafía y benéfica que amamantó a Rómulo y Remo a sus pechos enérgicos y fecundos, no ha cesado de maravillarse al mundo con la intensidad y la amplitud de su genio. Roma es Italia, y Roma es la República, el Imperio y el Pontificado, es decir, Catón, Camilo, Bruto, César, Augusto, Marco Aurelio, Inocencio III, Nicolás V., León X... Pero Italia es más que Roma, porque la República, el Pontificado y el Imperio pasan a un segundo plano ante la gloria de una sola ciudad, la Florencia inmortal de Dante, Miguel Ángel, Leonardo, Donatello, Galileo y Maquiavelo. Italia reunió en la vieja región etrusca, que los Médicis rigieron, todo el prestigio de la civilización moderna. Se puede trocar la elaboración cultural de Inglaterra y Alemania en toda su historia, por lo que Florencia construyó, del siglo XIII al siglo XVI, para la humanidad.

3

Sólo hay un emporio en el mundo moderno para competir con la gloria de las dos metrópolis italianas, la ciudad de París. Sólo hubo uno en la antigüedad superior a Florencia y a Roma y a todos los colmenares humanos pequeños o grandes, la divina ciudad de Atenas, para la cual es inútil el elogio y menguado el encarecimiento. Atenas, Roma, Florencia, París... ¡Toda la lira heroica de la historia! ¡Prestigio indeficiente del alma latina!

4

La Italia contemporánea es una potencia militar e industrial de primer orden. Vencida Alemania, deshecha el Austria, desarmada Rusia, sólo Inglaterra y Francia la superan en el viejo mundo. El italiano de nuestros días no es un personaje que viva de recuerdos heroicos y fantasmas del museo. Se ha encarado con la vida, la ha convocado a batalla singular, para igualar con su acción su pensamiento. A partir del día en que, gracias a la diplomacia suprema de Cavour y la espada de Garibaldi, se instaló la dinastía nacional en el trono romano, para cumplir el sueño de los grandes italianos, Dante, Petrarca, Maquiavelo, la patria se desenvuelve sobre amplias perspectivas de victoria. Su resurgimiento ha ido acelerando su eficacia, y hoy, todo el país, pero sobre todo la parte septentrional, compite con los grandes centros industriales del mundo.

5

Nosotros hemos podido comprobar la oportunidad de la acción italiana moderna en el Sur del Brasil, en el Uruguay, en la Argentina. Llegan los italianos a las playas propicias de América, a trabajar confundiendo su esfuerzo con el de los americanos, en aquellos grandes centros de población que se llaman San Pablo, Montevideo, Buenos Aires. En esta última capital, rivalizan con España en influencia y poder. Espléndidas líneas de navegación, opulentas instituciones bancarias, industrias florecientes, todo pregona el esfuerzo italiano, todo habla al transeunte de la actividad excepcional que hoy decora con nuevos gajos de encina el triunfo pacífico, honesto, humanísimo de la insigne nación.

Porque el italiano no se desaloja de su tierra para conquistar, para subyugar, para vencer, sino para luchar y para servir. Mézclase con los nacionales de nuestras repúblicas latinas y confunde su sangre con la nuestra. No es un dominador como los súbditos o

ciudadanos de otras naciones altaneras, para quienes el suelo que pisan y en donde realizan pingües ganancias, en vez de ser motivo de cariño e incentivo de amor, es sólo patrimonio de codicia y argumento de desdén. El italiano sabe sufrir, por eso puede amar, por eso sabe creer y esperar con nosotros. Lleva en su alma su Italia lejana, pero pone en la obra de todos su corazón de artista y su pensamiento, que en Europa se llama Marconi, D'Annunzio, Croce, y en América no lleva ningún nombre propio, porque su hidalguía reside en la obra común, en el tesoro de los humildes, más grande siempre que la gloria de los heroicos.

6

En México no ha podido desarrollarse hasta la fecha el proyecto de inmigración italiana. Varias causas que sería prolijo especificar, han sido parte en ello. La emigración ha preferido el norte o el sur de América, Nueva York o Buenos Aires. Nuestra reputación de belicosos sempiternos ahuyentó, quizás, el contingente italiano de las playas del Golfo. No obstante, al comprobar lo que se ha logrado en la República Argentina, especialmente, merced a la feliz inmigración, deseamos para México un contingente igual. ¡Italianos: la tierra mexicana os ofrece con la mayor cordialidad sus tesoros! ¡Aquí también podréis laborar por la grandeza de América. Esta tierra llama a los hombres de buena voluntad y querría cerrarse para siempre a los extranjeros que la explotan y la calumnian!

7

Adelanta sobre el Atlántico propicio la nave *Italia*. Recorrió ya las costas del Continente. Traen los nautas fascinados los ojos con el poderío de Buenos Aires recostada a la orilla del magnífico estuario del Plata. Saludaron en Río de Janeiro la opulencia del Brasil, la primera potencia latina de América. Se corrieron después por todo el pródigo litoral del septentrión, hasta llegar al hemisferio en que la América se adelgaza y se parte, por fin, en dos Américas. Ya están con nosotros. En la proa de la nave canta la inspiración de un bardo ilustre que despliega sus alas como la Victoria audaz de Samotracia. El Rey saluda a México. Buenos augurios decoran la marcha del bajel impávido. En la villa rica de la Veracruz toman contacto con nosotros, y un grito acalla el rumor de las olas, antes que la hélice del navío cese en su afán de dividir las aguas; grito sincero, cordial, generoso y unánime: ¡Viva Italia!

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)

Enseñanza de la historia e ideales de la Sociedad de las Naciones en las escuelas de Francia

Haciendo recuerdos del Dr. Michaud

SOCIÉTÉ DES NATIONS

JULIÁN NOGUEIRA, de la Sección de Información de la Sociedad de las Naciones, tiene el honor de saludar a Ud. muy atentamente y de remitirle con estas líneas una traducción del texto de la circular que el Sr. Henry de Jouvenel, Ministro de Instrucción Pública de Francia, ha dirigido recientemente a los Rectores de las Universidades de su país y en la cual se refiere a la alta conveniencia de que se incluya en la enseñanza pública la historia y los ideales de la Sociedad de las Naciones, con el fin de preparar en la conciencia colectiva y durante la formación del espíritu, la idea de cooperación internacional que es base para el triunfo definitivo del Derecho de gentes.

Ginebra, junio 1924.

Texto de la circular que el Sr. Henry de Jouvenel, Ministro de Instrucción Pública de Francia, ha dirigido recientemente a los rectores de las Universidades de su país.

Si la Sociedad de las Naciones, en su forma actual, aun no aporta a los pueblos la seguridad de la paz, es innegable que, al menos, les ofrece el medio único de conseguirla.

Aun debemos conquistar para ella la adhesión de los espíritus. La equidad sólo puede establecerse a condición de creer en ella.

Los que instruyen a la juventud pueden hacer mucho por el triunfo o el fracaso de esta causa del Derecho de Gentes. Estoy convencido de que la Universidad de Francia deseará ejercer su alta influencia en favor de la obra de cooperación internacional, aprovechando cuantas ocasiones se le presenten para poner de manifiesto el perfecto acuerdo existente entre los principios que defiende la Sociedad de las Naciones y la tradición de la política francesa.

Veré, pues, con gusto se recomiende a los maestros de las diferentes clases de enseñanza que insistan, no solamente respecto al sentido de la institución, sino también sobre la historia de la idea desde que ésta hizo su aparición en los «magníficos proyectos» del rey Enrique IV, de quien nos dice Sully que quiso crear «una situación de continuidad pacífica entre todos los príncipes y potentados de la cristianidad europea... renunciar a todas sus pretensiones, aun a las más legítimas, y no arrogarse ninguna autoridad sobre sus asociados, a menos que éstos, por mayoría de votos, se la otorguen».

Será oportuno recordar que Fenelón, en sus *Avisos para la conciencia de un rey*, escribe: «Los Estados vecinos no solamente vienen obligados a tratarse mutuamente según los dictados de la justicia y de la buena fe, sino que deben también, tanto por su seguridad particular como por el común interés, constituir entre sí una especie de Sociedad y de República

general»; y que Montesquieu declara: «Las cosas están de tal modo en Europa que todos los Estados dependen los unos de los otros. Francia necesita de la opulencia de Polonia y de Moscovia, como la Guayana tiene necesidad de Bretaña, y Bretaña de Anjou».

Trátase del proyecto de paz perpetua del abad de Saint-Pierre y de las páginas que le consagra Juan Jacobo Rousseau, o del *Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, trazado por Condorcet y en que este autor augura: «Los pueblos aprenderán que no pueden ser conquistadores sin perder su libertad: que las confederaciones permanentes constituyen el único medio para mantener su independencia»; encontramos, mucho antes de la Revolución, casi en cada momento de nuestra historia, formulada por príncipes, prelados o filósofos, la esperanza en una organización internacional que garantice a todos los pueblos su independencia y seguridad.

Confío, por lo tanto, en que todo el personal docente de nuestro país habrá de juzgar natural y conveniente el recordar a la juventud que Francia no puede consentir que se le arrebatase el honor de haber sido la primera nación que ha vislumbrado la posibilidad de un régimen en que, con los derechos del hombre, se garanticen también los derechos de las naciones; y reservar así al ideal, cuya expresión todavía imperfecta es la Sociedad de las Naciones, el puesto preferente que merece en nuestra enseñanza filosófica e histórica.



DESDE pequeño oía hablar del Dr. Michaud y de las clases de Física y Química que él daba. Le conocí, ya viejo, en la Escuela de Farmacia y más tarde fui su discípulo. Era un sabio de veras: con una gentileza que gustaba, respondía a las preguntas que se le hacían y satisfacía oír sus explicaciones fáciles. Limpidez en el manejo de los aparatos y precisión en el uso de los reactivos. Nunca tuvo una frase dura para sus discípulos, pues se lo vedaba la índole de su carácter y la exquisita educación, en él natural. Había dulzura en cada una de sus explicaciones, que encantaban.

Nos contaban de él una anécdota: tenía siempre listos los utensilios y reactivos necesarios para dar lección. Una vez, y a fin de que los estudiantes observaran la manera como se disponían los aparatos para obtener algún producto o una reacción especial, se dió a la tarea de arreglar, frente a ellos, los materiales necesarios; en eso ocupó la hora completa. A final, sin poder verificar su experimento y como sonaba ya el timbre que anunciaba el cambio de hora, con una serenidad admirable, se limitó a decir en el acento francés que daba a sus palabras: *No funciona*.

En los altos de la tienda «La Norma» estaba instalada la Escuela de Farmacia. En los primeros días de abril de 1919 un incendio destruyó el edificio y dejó sin abrigo a los estudiantes, y lo que es más doloroso todavía, sin aparatos ni sustancias químicas para las lecciones y exhausto el tesoro de aquella Escuela, que siempre ha atravesado situaciones difíciles. El Dr., con su amabilidad habitual y a la primera insinuación de sus discípulos, los acogió con benevolencia en el local ocupado por los laboratorios de la Aduana, en los últimos años bajo su experta dirección. Muy de mañana llegaba a atender sus obligaciones, metido en el silencio del que sabe hacer las cosas y no para que se den cuenta de que las sabe hacer. El mismo, pues era poco amigo de hacerse servir, alistaba los materiales y hasta ordenaba los bancos en que debían sentarse los alumnos. ¡Clases tan amenas!, que el tiempo discurría y sólo quedaba el pesar de que aquella hora de sumo regocijo espiritual se fuera así, tan presto.

Derivó el país la ventaja de que la luz de aquel fanal se difundiera por todas partes y por muchos años, pues sus clases se escucharon en casi todos los establecimientos secundarios de la República; en ellos se hacía necesaria la cooperación eficaz de aquel profesor de Ciencias Físico-químicas. Pero sus actividades iban más allá: el tiempo que le dejaban disponible sus labores diarias lo dedicaba a investigaciones científicas y testimonio de ello son los múltiples artículos que vieron la luz en revistas científicas norte-americanas y europeas. Tenía su estilo una ventaja: era instructivo. Hemos

leído artículos literarios suyos de sabor exquisito.

Le cupo la satisfacción de haber sido el primero en indicar el poder germicida de las sales de bismuto en el tratamiento de la sífilis, indicación que desoyeron los médicos de nuestro país; más tarde, hará apenas tres o cuatro años, nos vino de París el medicamento, ya en forma disponible para combatir la tremenda plaga. Recomendó también el uso de vanadato de sodio para este tratamiento y para atacar el germen patógeno generador de la fiebre intermitente. El único en responder a estas indicaciones fue el Dr. don Clodomiro Picado, Jefe del Laboratorio Bacteriológico del Hospital de San Juan de Dios. Los demás médicos desoyeron la voz del investigador que había venido dando nombre a Costa Rica en el campo científico y hasta se negaron a hacer el ensayo.

Colaborador asiduo suyo fue el profesor J. Fidel Tristán, Director del Liceo de Costa Rica, que en muchas de sus lecciones ha seguido la ruta que viera trazada por el sabio en las suyas. Trabajaron ambos en algunas investigaciones: en las de la luz ultravioleta, descubriendo sus propiedades microbicidas: de la fotografía a larga distancia por medio de esta luz.

Hay también artículos en colaboración, firmados por el Dr. Michaud y el profesor Tristán.

Sea este el pequeño tributo de un discípulo al sabio que tuvo como la más alta preocupación de su vida: enseñar, enseñar todo lo que sabía.

HUMBERTO ZAMORA

El grande aviversario...

(Viene de la página 314).

con que el Libertador invitaba a sus Tenientes para la campaña del Perú, «a cubrirse de gloria en la empresa más hermosa de todos los siglos». Recuérdese la acción milagrosa de Santander para los arbitrios fiscales y guerreros. Recuérdense los gestos de Rafael Cuervo. Recuérdese la carga de José María Córdoba, y aquellas palabras suyas, en carta íntima, sobre el campo mismo de Ayacucho: «Hemos libertado al Perú; hemos hecho lo que había que hacer de más grande en el Universo».

¿Qué puede sugerir la lectura de las anteriores líneas?

Que Colombia debe prepararse para concurrir airoosamente al Centenario de Ayacucho, para tomar en esa justa de los recuerdos heroicos el puesto preponderante que le corresponde y estar de todo corazón con su hermano el Perú en la efemérides más clara de su Historia. La sombra grandiosa del Mariscal Sucre nos conjura.

Se ha dicho que para el Centenario de Ayacucho irán a Lima todos los

Presidentes de las naciones bolivarianas. ¿Permitirán nuestra Constitución y nuestro Congreso el viaje del General Ospina?

En todo caso, fortalezcamos el espíritu por la fe en la libertad, la justicia y la paz, y preparémonos para estar un día—el día de Ayacucho—a la altura de los Libertadores.

FABIO LOZANO Y LOZANO

Enero 19 de 1924.

(El Tiempo, Bogotá).

Volverte a ver

Volver a verte no era solo un lejano y constante empeño, sino anudar, dentro del alma, el hilo roto de mi sueño.

Volver a verte era un oscuro presentimiento que tenía de hallarte ajena, y sin embargo seguir creyendo que eras mía.

Volver a verte era el milagro de una dulce convalecencia, cuando todo, al alma desnuda, vuelve más bello de la ausencia.

Volver a verte, tras la noche impenetrable del abismo, era hallar en tus ojos una imagen vieja de mí mismo.

Y encontrar, en el hondo pasado, días más bellos y mejores como esa carta en cuyos pliegues se conservan algunas flores.

Volver a verte era mostrarme la pena que está congelada, como bruma de tarde hermosa, en el azul de tu mirada.

Y, ya lo ves, del largo trance regreso más puro y más fuerte porque dormí toda una noche en las rodillas de la muerte.

Porque yo miraba en tus ojos un cielo de cosas pasadas, como en el agua de las grutas se ven ciudades encantadas.

Y porque ví tu clara imagen, entre un nimbo de luz serena, como jamás, a ojos mortales, se apareció visión terrena.

Volver a verte era un oscuro presentimiento que tenía de hallarte ajena, y sin embargo seguir creyendo que eras mía.

RAFAEL MAYA

(El Gráfico, Bogotá).

Una bandera ministerial

La personalidad del actual Ministro de Industrias, como figura de Gabinete, se ha definido vigorosamente y ha adquirido popularidad bien merecida. El General Diógenes A. Reyes marcha airoosamente hacia la fama. Y su éxito estriba, quizá de manera principal, en lo inusitada, en lo exótica que resulta dentro de nuestro Gobierno la política de intervención enérgica que el General Diógenes A. Reyes ha desarrollado desde su escritorio.

Acaba ahora el General Reyes de desplegar en una forma privada, que nosotros queremos hacer pública porque lo merece, su bandera de combate en el Gobierno. Para tal efecto, transcribimos a continuación los telegramas cruzados entre el señor Ministro de Industrias y el doctor Antonio José Restrepo con motivo de las actuaciones del primero en el trascendental asunto del acaparamiento de víveres.

«Victoria, (C), junio 16 de 1924.

Diógenes A. Reyes, Ministro de Industrias.—Bogotá.

Mil felicitaciones por ideas y actitudes asumidas contra proteccionismo acaparadores. Así habla un hombre de la altísima valía suya.

Viejo amigo,

A. J. RESTREPO»

«Bogotá, junio 18 de 1924.

A. J. Restrepo.—Victoria (C.)

Gracias mil por sus felicitaciones que me honran. Sol alumbrada para todos y no debe permitirse que debajo de él, los poderosos cometan injusticias con los débiles. Esa es mi bandera y con ella puedo caer pero no claudico.

Abrázolo. Viejo amigo,

DIÓGENES A. REYES»

En esta contestación, que habrá entusiasmado al mismo doctor Restrepo, es tan importante como el lema o bandera del Ministro su resolución varonil de no claudicar. Porque el hacer magnífico programa de gobierno es muy frecuente en toda clase de Ministros, pero no lo es la fortaleza casi heroica que preserva de las claudicaciones.

(El Tiempo, Bogotá).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejemplares de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series)
Precio de cada serie » 2.50

EDICIONES del "Repertorio Americano"

<i>Un capítulo de Sismondi</i>	0.15	oro am.
<i>Orientación Ideológica</i> , Por Luis López de Mesa.....	0.15	>>
<i>Colegio de Cartago</i> , Por Ricardo Jiménez.....	0.15	>>
<i>Pasteur y Metchnikoff</i> , Por C. Picado T.....	0.40	>>
<i>El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad</i> , Por R. Brenes Mesén.....	0.15	>>
<i>Discursos</i> , Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo.....	0.15	>>
<i>Recogimiento</i> , Por Rogelio Sotela.....	0.30	>>
<i>La personalidad literaria de Ventura García Calderón</i> , Por Napoleón Pacheco.....	0.25	>>
José Ignacio Escobar: <i>Escritos</i> . Con prólogo del Dr. Diego Mendoza.....	0.15	>>
<i>Postas Norteamericanas: Walt Whitman</i> , Por A. Torres Rioseco.....	0.40	>>
<i>Cesarismo Teocrático</i> , Por Cornelio Hispano.....	0.20	>>
<i>Para los gorriones</i> , Por Rubén Coto.....	0.40	>>
<i>La fuente sonora</i> , Por Ciana Valdés Roig.....	0.20	>>
<i>Ensayos sentimentales</i> , Por José M ^o Chacón y Calvo.....	0.40	>>
<i>El caballero que ha perdido su señora</i> . (Pequeña colección de artículos de costumbres cubanas), por E. Roig de Leuchsenring ...	0.40	>>
<i>Páginas Escogidas</i> , Por A. Nin Frías.....	0.40	>>

Revue de L'Amérique Latine

APARECE EN 1º DE CADA MES

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispano-americanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

PRINCIPALES COLABORADORES

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henri de Régnier, de la Academia Francesa; Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Arana, de la Academia Brasileña; Marius André; Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García Calderón, F. de Homen Christó, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyles, J. H. Rosny Afné, etc.

SUSCRIPCIONES

En Francia: un año 35 francos; seis meses, 20 francos.

En el extranjero: un año, 50 francos; seis meses, 30 francos.

El número: en Francia, 3.50 francos; en el extranjero, 5 francos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

2, Rue Scribe. PARÍS.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)....	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

25 varas al NO. de la Artillería.

TELÉFONO Nº 899

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

